

## RECENSIONES

### LA NOBLE TAREA DE LA DIVULGACIÓN FILOSÓFICA

NICHOLAS FEARN, *Philosophy. The latest answers to the oldest questions*, London, Atlantic Books Ltd., 2005. (Versión española de ENRIC IBARZ PASCUAL, *El filósofo en zapatillas. Las respuestas más recientes a las grandes preguntas*, Barcelona, Ediciones Destino, 2007)

La divulgación de las ideas filosóficas, al igual que ocurre con las de la ciencia, requiere de todo el mundo: por un lado, hay que ser capaz de traducir la no pocas veces abstrusa jerga filosófica a un vocabulario susceptible de ser comprendido por un público no necesariamente familiarizado con los términos más técnicos de la filosofía; por otro lado, y simultáneamente, se debe conocer la disciplina lo suficiente como para no tergiversar y hacer una presentación burda y simplista de las ideas y problemáticas que se pretende divulgar entre los no especialistas. En la obra que nos ocupa, su autor alcanza ambos objetivos, y así a una presentación clara y precisa de algunos de los debates más recientes en materia filosófica, logra aunar el rigor necesario para ser fiel al contenido original de dichos debates.

Nicholas Fearn justifica y resume el propósito de su libro afirmando que «vivimos en un momento ideal para revisar la filosofía occidental», por lo que se propone valorar «el estado actual del arte filosófico, presentando una amplia visión de los logros alcanzados recientemente en las áreas más controvertidas», así como examinar «los enfoques más novedosos a problemas

que se abordaron por primera vez en el mundo antiguo» (p. 12)<sup>1</sup>.

Con estas pretensiones Fearn organiza su presentación de la producción filosófica más reciente en tres grandes apartados que se corresponden con otras tantas de las más importantes cuestiones que se han venido planteando desde los albores mismos de la filosofía occidental; a saber: «¿Quién soy?», «¿Qué sé?», y «¿Qué debo hacer?». De este modo, consigue introducir al lector en algunas de las problemáticas y teorías más interesantes relacionadas con la reflexión filosófica sobre la naturaleza humana, la teoría del conocimiento y, finalmente, la filosofía moral. Bien es verdad (como no podía ser de otra forma en una obra de estas características) que la exposición de Fearn no agota ni todos los temas ni todos los puntos de vista sobre los mismos, y, en este sentido, se centra casi exclusivamente en el pensamiento de los más sobresalientes autores de la corriente analítica de la filosofía. Para ello, además de recurrir a algunas de sus obras más reconocidas, ha llegado a entrevistarse con un buen número de estos filósofos (Noam Chomsky, Daniel Dennett, Jerry Fodor, Hilary Putnam, Richard Rorty, John Searle, Peter Singer, entre otros muchos). En materia filosófica, nos dice, nos encontramos en una edad «postheroica». «Hay menos gurús, menos gigantes, pero una división mayor del trabajo en un terreno cada vez más fragmentado y especializado» (p. 13). No obstante, por los nombres anteriormente ci-

<sup>1</sup> Las citas hacen referencia a la versión castellana del libro de N. Fearn.

tados, cabe afirmar que por el libro de N. Fearn desfilan no pocos «héroes» de la filosofía contemporánea, si bien es verdad que ya ninguno de ellos pretende ofrecer un sistema filosófico completo a la manera de los grandes pensadores del pasado.

Como señalé anteriormente, en la primera parte del libro Fearn aborda una serie de problemáticas cuyo tratamiento formaría parte de la respuesta a la pregunta «¿Quién soy?», es decir, «¿Qué es el hombre?». Aquí se tratan problemas filosóficos como la identidad personal, el debate libertad/determinismo, el modelo computacional de la mente y el problema cuerpo-mente. Pero el autor no se limita a ofrecer una visión más o menos aséptica de estos temas, sino que (y esto lo hace a lo largo de todo el libro) nos da su punto de vista crítico, y no pocas veces irónico, en relación con las distintas tesis desarrolladas por los diferentes pensadores que se han ocupado de estas cuestiones. Así, con relación al último de los problemas mencionados, Fearn defiende un monismo materialista de tipo reduccionista, considerando, además, que el ordenador puede ser una metáfora muy adecuada de la mente humana, en tanto que ésta se limita a desarrollar procesos computacionales.

A mi entender, la parte más destacable del libro es, sin lugar a dudas, la segunda, que, como ya adelanté, el autor engloba bajo la pregunta general «¿Qué sé?». Como es de esperar, en este apartado se analizan cuestiones derivadas de la indagación filosófica acerca del fundamento y los límites del conocimiento humano. En consecuencia, se tratan temas de la máxima relevancia filosófica: el escepticismo respecto al conocimiento humano y las posibles respuestas al mismo; el problema del significado, defendiéndose las tesis del externalismo semántico de H. Putnam; las ideas innatas, con el debate clásico entre racionalismo y empirismo, y la versión más reciente representada por la polémica entre Chomsky y Skinner sobre el desarrollo del lenguaje; la hipótesis de Fodor sobre el lenguaje del pensamiento y las consecuencias de ésta; los límites de la capacidad de comprensión del ser humano, y otras cuestiones afines. Pero, desde mi punto de vista, el capítulo central de esta segunda parte, y acaso de toda la obra, es el dedicado a la presentación y

crítica de las concepciones denominadas posmodernas y del pragmatismo representado por Richard Rorty. Este análisis crítico sirve a Fearn para aclarar cómo entiende la labor propia de la filosofía, algunos de cuyos logros más recientes encontramos en este libro.

En la «visión nihilista posmoderna», señala Fearn, «la verdad es vista como un estadio de la historia que ahora hemos superado» (pp. 176-177). De acuerdo con esta visión, desarrollada en el marco de la denominada filosofía continental, lo que se ha catalogado tradicionalmente como «verdad» no hace sino esconder los oscuros intereses del poder, y el valor de la «objetividad» no es sino una forma de enmascarar las diversas particularidades basadas en el género, la clase social o el lenguaje. El relativismo, nos dicen los posmodernos, alcanza incluso a la ciencia, cuyo discurso también oculta sospechosamente los elementos anteriormente citados. Posiblemente muchos partidarios del pensamiento posmoderno encuentren que esta presentación de sus principales tesis no hace justicia al elaborado discurso que presentan autores como Derrida, Lyotard o Deleuze. Pero es que, como afirma Fearn, «toda crítica al pensamiento posmoderno corre el riesgo de no entender a sus partidarios. Esto es así porque tienden a expresar sus ideas en una prosa inescrutablemente nebulosa» (p. 181); y, citando a André Comte-Sponville, añade que «las aguas superficiales sólo pueden parecer profundas si están turbias» (p. 182). Fearn, en contra de los pensadores posmodernos, defiende la razón como vehículo capaz de hacernos progresar en el conocimiento (incluido el filosófico) y en la resolución de los problemas prácticos derivados de la acción humana. Y aunque no resulta fácil presentar argumentos racionales contra una concepción que niega el papel de la razón como tribunal capaz de discernir entre buenos y malos argumentos, lo cierto es que Fearn pone de manifiesto algunas de las incoherencias y puntos débiles de las concepciones posmodernas. En este sentido, subraya que «en la tradición europea continental reciente todo problema filosófico se ha interpretado como una cuestión política, cuya respuesta es normalmente una forma u otra de marxismo», con ello los autores posmodernos «quieren sus-



tituir el motivo principal de la sociedad posterior a la Ilustración —la razón— por sus propios fines ideológicos» (p. 177). Asimismo, en esta parte del libro se presenta con algún detalle el conocido como «caso Sokal», que según N. Fearn pone de relieve que «mientras que los filósofos que trabajan en la tradición analítica angloamericana están entrenados para dudar de la veracidad de posiciones incomprensibles, sus colegas de la escuela posmoderna francoamericana prefieren pensar que si no se les puede entender es que han dado con algo» (p. 184). Las anteriores consideraciones críticas se extienden también, aunque matizadas, a las posiciones relativistas representadas por el pragmatismo de R. Rorty (pp. 186-197).

La tercera parte del libro de Fearn aborda temas propios de la filosofía moral, y de ahí su título: «¿Qué debo hacer?». Aquí se desgranar importantes cuestiones, como pueden ser los derechos de los animales o el sentido de la vida y la muerte, pero es, a mi juicio, el tema de la «suerte moral» el aspecto más controvertido y criticable de los que sostiene el autor, que en este punto sigue los planteamientos del filósofo británico Bernard Williams. De acuerdo con Williams las acciones morales, como cualquier tipo de acción, dependen de «contingencias exteriores», ajenas a los sujetos morales. Y es por ello que la calificación moral de las acciones no depende nunca, o apenas sí depende, del carácter moral de los sujetos que las ejecutan. Pero al afirmar esto tanto Williams como Fearn pasan por alto el papel central de las intenciones en el ámbito de la

moral. Es más, a diferencia de lo que sostiene Fearn, las intenciones de los sujetos no siempre se reflejan en sus acciones externas (pp. 225-226), aunque al reconocer esto sólo nos queda apelar a la «buena fe» de quien diga que sus intenciones son buenas, independientemente del resultado de sus acciones. De esta forma, sólo el tribunal de la conciencia de cada uno podrá determinar el valor moral de una acción dada, lo cual, ciertamente, genera incertidumbre, pero también potencia la dignidad y autonomía moral de los sujetos.

En suma, la obra de Fearn constituye una buena presentación de algunos de los más interesantes puntos de vista que, en el seno de la filosofía analítica, se han propuesto en los últimos años a la hora de abordar problemas filosóficos de hondo calado. La obra misma, tal y como está concebida, supone aceptar la tesis de que en filosofía, como en cualquier otro ámbito del saber, hay un acercamiento progresivo hacia la verdad. Y aunque se planteen una y otra vez las mismas cuestiones, cada vez contamos con mejores métodos, enfoques y conocimientos (filosóficos y científicos) que nos permiten abordar los antiguos interrogantes desde nuevas y más fructíferas perspectivas. Es así como la filosofía ha ido generando las diferentes disciplinas científicas. Y es por ello que podemos afirmar, pese al signo de los tiempos, que a veinticinco siglos de su nacimiento la filosofía no se ha vuelto en absoluto irrelevante.

José Rafael HERRERA GONZÁLEZ

